

bil nuestra caridad. Apliquémosnos todos el remedio que Dios, en su misericordia, nos há dado, á fin de que nuestra alma, siempre mejor curada y más fuerte, llegue por ultimo á la vida éterna. Asi séa.

FESTIVIDAD DEL SAGRADO CORAZON DE JESUS.

TERCERA INSTRUCCION

La devocion al Sagrado Corazon de Jesus

I. Su doble fin. — II. Sus frutos.

Cuando se quiere dar cuenta exacta de una institucion y apreciar el valor, hay un medio seguro que emplear; es el de estudiar el fin y los frutos. Este medio no engaña nunca. Porque no es posible que una institucion cuyo fin es más ó menos injusta y los frutos más ó menos malos, séa una institucion buena; como no es posible tampoco que una institucion cuyo fin y frutos son excelentes, pueda ser una institucion mala. Me propongo, cristianos, emplear en esta platica el mismo medio para instruiros de una manera infalible sobre el valor de la devocion al Sagrado Corazon de Jesus. Seguramente, sabemos antes de toda averiguación que esta devocion no puede sér más que muy perfecta y muy excelente, puesto que há sido practicada no solamente por los más grandes santos, sino que está tambien expresamente aprobada por la Iglesia. Sin embargo, el estudio del cuál os hablo no dejará de séros utilísimo, porque nos enseñará, porqué razones esta devocion, tan querida por las almas santas, debe ser tambien la de todos nosotros. Véamos, pues, en una primera reflexion, cuál es el fin de la devocion al Sagrado Corazon de Jesus, y en una segunda, cuáles son sus frutos.

I. — *Del fin de la devocion al Sagrado Corazon de Jesus.* — Este fin es doble, y en él se propone: por una parte, devolver al Corazon de Jesus amor por amor; y por otra, ofrecerle una reparacion

por los ultrajes que recibe, principalmente en el sacramento de su amor.

Uno de los fines de la devocion al Sagrado Corazon de Jesus, es devolver á este Corazon Sagrado, hémos dicho, amor por amor. Porque este divino Corazon nos há amado y nos ama siempre más de lo que se puede decir y más allá de todo lo que se puede imaginar. Desde el primer instante en que há comenzado á palpitár, no há cesado un solo momento de pensar en nosotros y de amarnos, aunque fuésemos sus enemigos, y que él supiése de antemano el poco caso que la mayoría haria de su amor. Sin embargo, este amor, hasta dónde no lo há llevado? Lo sabeis: no se há limitado á enseñarnos, con sus discursos y sus ejemplos, el camino del cielo; há querido rescatarnos él mismo esta herencia que habiamos perdido. Y á qué precio? Lo sabeis tambien: una sola supplica, un solo suspiro le habria bastado para apaciguar la colera de Dios y satisfacer á su justicia; pero esto no era bastante para su amor. Y porque habia dicho un dia que la prueba del más grande amor estaba en dar la vida, há querido suministrarnos esta prueba, y há dado la suya. Y cómo la há dado? A continuacion y en medio de los más horribles suplicios, muriendo en una cruz entre dos ladrones. Por ultimo, cómo al dar su vida por nosotros, no queria sin embargo abandonarnos y dejarnos huérfanos, despues de haber sido para nosotros un padre tan cariñoso, instituyó el sacramento de la Eucaristia, por medio del cuál permanece en medio de nosotros, rogando sin cesar, continuando ofreciendose á cada instante á Dios su Padre por nuestra salvacion, y llamandonos á él para acordarnos sus gracias, consolarnos en nuestras penas, fortificarnos en nuestras debilidades, ilustrarnos en nuestras dudas, y alimentar nuestras almas con su propia sustancia¹.

1. Amor! Quién nos dirá lo que es el amor del Corazon de Jesucristo? El misterio de este amor tiene las mismas profundidades que el del Verbo encarnado. — Jesucristo es á la vez Dios y hombre: es el Hombre-Dios. Segun esto, del mismo modo que en su persona adorable une dos naturalezas distintas, la de Dios y la del hombre; así su

Hé aquí como el Corazon de Jesus nos há amado ; hé aquí cómo él nos ama ; hé aquí cómo ama á todos los hombres que existen en la tierra ; hé aquí cuál es su amor por cada uno de nosotros en

divino corazon es, si puedo expresarme así, el unico foco de un doble amor. En Jesucristo, es Dios que ama y el hombre á quién se ama... y este doble amor es el de su Corazon. — En Jesucristo, es Dios que ama !... Cuando por el pensamiento nos elevamos á la contemplacion de los atributos divinos, hay uno de ellos que nos atrae y nos arrebatá más que los otros : es la bondad de Dios, esta bondad que se nos manifiesta por el amor !... Dios, nos dicen los Santos Libros, nos há amado de toda eternidad. Jer. xxxi, 3. A su amor debemos el sér y la vida. Este mundo que nos rodea, este aire que respiramos, estos alimentos que sirven para nuestra nutricion diaria, son otras tantas pruebas de su amor por nosotros. Cuando el pecado de nuestros primeros padres hubo roto, entre Dios y el hombre, los lazos formados por su amor, este no disminuyó, Dios nos há amado tanto que nos há dado á su Hijo ; Joan. ii, 16 ; y el amor que nos há rescatado há sido más maravilloso todavía que el que nos habia criado. — Pues bien, es desde luego este amor de un Dios que debemos considerar en Jesucristo. En efecto, Jesucristo es Dios, y, por esta misma razon, todas las obras que el divino amor há realizado en el tiempo le son igualmente debidas. Yá el Corazon del Verbo eterno calentaba el barro de Adán para darle la vida ; y este mismo corazon, despues de la caída, se ofrecia en holocausto por la salvacion !... Cómo nos ama el Corazon de Jesucristo ? la respuesta es facil : nos ama como Dios puede amarnos — No obstante, en Jesucristo, está igualmente el hombre que nos ama ; y cómo enumerar aquí las incomparables riquezas de la *naturaleza humana* de su Corazon ? Esta naturaleza humana es la nuestra... Y reconociendo las inferioridades sin numero que nos colocan por debajo de Jesucristo, podemos no obstante comprender mejor cómo su humanidad nos ama. Pongámos la mano sobre nuestro propio corazon, cuándo una afeccion pura y santa le toca y le imprime sus más nobles impulsos ; escuchémos cómo late : démosnos cuenta de la asombrosa pujanza que comunica á todo nuestro ser : amámos, y una vida nueva parece despertarse en nuestra alma ; amámos, y segun una expresion de San Agustin, no hay yá ni trabajo ni pena que sea para

particular. Pues bien, supongámos que sea un hombre quién nos ama así ; supongámos que sea un amigo, un hermano, quién haya hecho por nosotros lo que Jesus, y aun mucho menos : no pensáis que nuestro deber será devolverle amor por amor, y que serémos horriblemente ingratos obrando de otra manera ? Luego, si nuestro deber será devolver amor por amor á un hombre que nos haya amado y hecho mucho bien, cuánto más no estámos obligados á devolver amor por amor al Corazon de Jesus, que nos há amado y hecho más bien que no podrian hacernos todos los hombres reunidos ! Pues bien, uno de los fines de la devocion al

nosotros un peso ; amamos, y nuestro unico deseo es darnos generosamente ; amamos, y toda nuestra felicidad está en amar !... Ah ! si tal es el amor de una criatura pobre, manchada por el pecado, desgarrada por sus pasiones, enfriada por sus intereses, despojada de los más bellos privilegios, qué será por consiguiente el amor de Jesucristo ? Su corazon pertenece por completo á Dios y á nosotros : para Dios, él tiene ardores infinitos, y para nosotros, maravillosas ternuras ! Si quereis aprender cómo el Salvador nos ama, leéd su Evangelio, esa tierna historia de su corazon. Su primera lagrima y su primer suspiro en la cuna de Belén nos advierten yá que su corazon se conmueve por nosotros : la humildad de su vida oculta en la casa de Nazaret, es la primer enseñanza que su corazon nos dá : *Aprended, nos dirá, cómo soy dulce y humilde de corazon*. Si abre la boca, es su corazon quién habla ; si cura los enfermos, si consuela á los afligidos, si perdona á los pobres pecadores, es tambien su corazon quién obra ; si se entrega á los verdugos, y sufre una pasion cruel, es unicamente, porque nos ama, esclama el Apostol. Ef. ii, 4. Y cuándo expira en la cruz, qué hace ? muere de amor por nosotros. — Ah ! áquel ignora á Jesucristo que no há meditado sobre su corazon ! Pero tambien, oh ! alma cristiana, si habeis meditado sobre este Corazon Sagrado, si habeis palpado todas las fibras, probado todas las fuerzas, saboreado todas las dulzuras ; si habeis comprendido que todas las perfecciones divinas y humanas se entrelazan para producir un inmenso amor, sé bendita, oh ! alma cristiana, hás conocido á Jesucristo. (Mgr. De la Bouillerie, *Obras*, Tesoros del Sagrado Corazon de Jesus.)

Corazon de Jesus es precisamente hacernos corresponder á este divino Corazon, amor por amor. Qué más justo, qué más moral, qué más tierno! Y aun cuando esta devoción no se recomendará por ningún otro título, no sería suficiente para hacernosla abrazar con la mayor diligencia. Ah! si, cristianos, séamos devotos al Sagrado Corazon de Jesus, y amémosle con todo el ardor de nuestro propio corazon. Nunca le amarémos bastante, nunca le amarémos demasiado, hagámos lo que hagámos, porque jamás nuestro amor podrá igualar al suyo. Hagámos, por lo menos, lo que podamos, dándole nuestro corazon, que por lo demás él nos lo pide de una manera tñ tierna cuando nos dice: *Hijo mio, dame tu corazon*¹. Pero démoselo de una manera muy completa y sin reservas, para que sea el dueño para siempre.

El segundo fin, pero quizás el principal, de la devoción al Sagrado Corazon de Jesus, es reparar todos los ultrajes que este divino Corazon há recibido y continua recibiendo, principalmente en el sacramento de la Eucaristía, llamado tñ bien el sacramento de su amor. Que el Corazon de Jesus nos haya amado como lo há hecho, es lo que no podia ciertamente concebirse antes del acontecimiento; despues, se siente, mejor que no se explica, que una bondad infinita pudiéra sin duda llegar á éso. Pero, lo que nose puede comprender de ningún modo, es que los hombres, amados por el Corazon de Jesus como lo hñ sido, y como lo son siempre, hayan podido llevar la ingratitud, la dureza y la insolencia respecto de él, hasta el punto de desconocer, de desdeñar, de despreciar y de negar su amor! Sin embargo nada es más comun, y esta monstruosidad se vé por todas partes adonde se dirija la mirada. Los herejes en efecto, niegan resueltamente que Jesucristo haya sido bastante bueno para darsenos en la Eucaristía, y para mostrar bien cuales son sus sentimientos respecto de él, no hay ninguna clase de tratamientos ignominiosos que no hayan infligido á las santas hostias consagradas. Los cristianos ímpios, sin negar de una manera

¹ Prov. xxiii, 26.

absoluta el sacramento del amor de Jesus, lo menosprecian, lo ridiculizan y se burlan de él. La masa de cristianos indiferentes lo desdeñan y no se toman el trabajo de pensar en ello. Por ultimo, cuántos cristianos, aun entre los que practican la religion, permanecen frios por Jesus sacramentado, no asistiendo á la mesa santa más que cuando la Iglesia les obliga, bajo pena de pecado mortal, y no se molestan nunca para ir á sus pies á ofrecerle sus homenajes, y pedirle las gracias que les tiene reservadas, y que desea conceder para ayudarles á conseguir su salvacion¹! Ah! como una tñl

1. Recorro con el pensamiento todo el universo; recorro todas las naciones en dónde hay cristianos, todas las clases, todos los estados, todos los lugares, y en todas partes encuentro á Jesucristo expuesto en el Santo Sacramento á las injurias y al desprecio. Véo desde luego una gran parte del mundo cristiano caído en la herejia, negar su presencia réal en este misterio, y por éso ultrajar al divino Corazon en lo más sensible que se pueda hacer á un corazon que ama, al rehusar reconocer el beneficio recibido. Pero, despues de haber así desconocido en la Eucaristía á este adorable bienhechor, á qué excesos no hñ llevado los ultrajes contra su sagrado cuerpo! Este recuerdo nos llena también de horror. El infierno no inspiró nunca á los Judios más odio y más furor contra Jesucristo, cómo los herejes hñ ejercitado contra él en la Eucaristía. Há sido poco saquear los templos en dónde residia, profanarlos, destruirlos, quemarlos, echar abajo los altares y los tabernáculos; degollar á los sacerdotes, romper y manchar los vasos sagrados; hñ llevado sus sacrilegas manos á los copones y á las hostias consagradas; las han tirado por tierra, pisoteado y empleado en cosas execrables. Oh! Jesus, es hásta sufrir tñles ultrajes que habeis llevado el deseo de estar con los hombres? No se puede impedir el estremecerse con el relato de estas abominaciones; pero otro sentimiento debe aquí ocuparnos más justamente. Es por nosotros, en particular, que Jesus há sufrido estos ultrajes; él los preveia al instituir este misterio, y su amor no se retrajo. Hé aquí un nuevo motivo de amor y de reconocimiento hacia este amable Redentor. Desterrado de mil lugares en dónde su amor le habia hecho colocarse, se encuentra reducido á los catolicos solos; vosotros solos lo poseéis, pueblo fiel, y es

frialdad, una parecida indiferencia, un olvido semejante deben ser crueles, al Corazon tan tierno de Jesus!

Pero, qué sentimientos, por otra parte, esta negra ingratitud de

de vosotros solos que él puede esperar los justos agradecimientos que le son debidos. Ah! cuándo para satisfacer un deber tan legitimo y tan dulce, tan digno de la diligencia de todos los corazones, el celo de los Catolicos se dejara llevar á las cosas más extraordinarias, habria motivos para sorprenderse? Aun cuándo estuviéramos ocupados dia y noche con el pensamiento y con el amor de nuestro buen Maestro en el Santo Sacramento; aun cuándo estuviéramos sin cesar en los lugares en donde reside, para gozar de la felicidad de su presencia, y para darle nuestro acatamiento; aun cuándo no entráramos en estos santos lugares más que arrastrandonos, y que permaneciéramos en ellos con el rostro contra la tierra por respecto á él; aun cuándo dispusiéramos de nuestros bienes y de todo lo más precioso que poseémos, para ofrecerselo, y consagrarlo á su culto en la santa Eucaristia, haríamos demasiado? haríamos nada que se aproximase á lo que su amor y sus beneficios exigen? Ah! cuál debe por consiguiente ser la sorpresa y la consternacion de un alma fiel, que considera con alguna atencion lo que pasa realmente respecto de esto; cómo Jesucristo es tratado por los mismos Catolicos, en este misterio de su amor! en qué abandono, en qué olvido, en qué situacion se le deja! qué indiferencia y qué frialdad se tiene por él! cómo se falta á los deberes los más ordinarios del respecto y de la gratitud! cómo se llevan estas faltas hasta el menosprecio, hasta las irreverencias las más ultrajantes, hasta la profanacion y el sacrilegio! Oh Dios! qué espectáculo se ofrece tambien aqui á mis ojos! y quién podrá nunca expresar lo que debe sentir un corazon cristiano á la vista de esta ingratitud de la cuál acabo de delinear algunos rasgos? Oh Maestro mio! qué nuevo motivo de dolor para vuestro corazon! No es ya de los Judios, de los infieles, de los herejes que recibis ultrajes; es de vuestro pueblo elegido, de este pueblo que os reconoce por su Dios y que hace profesion de creer en vuestra presencia real; es este pueblo el que cae en estos excesos. En el pormenor que hé estado obligado á hacer para el fin que me hé propuesto, ayudad á mi debilidad, y dad á mis palabras la eficacia que no puedo esperar más que de vuestra inteligencia: hacéd sensible este pueblo in-

los hombres hacia el Corazon de Jesus, no es de naturaleza para inspirar á las almas rectas y sinceras? No es verdad que, en su dolor indignado, deben sobre todo sentir la necesidad de pedir

grato á los reproches justos que merece. — El primer rasgo de ingratitud que hé notado es la penuria en que se deja á Jesucristo en los lugares en dónde tiene su estancia. Nada debiera costarnos para enriquecer estos lugares, para adornarlos y para tenerlos, por lo menos, con la decencia conveniente. Ay! encuentrase un gran numero de ellos tan desprovistos, tan abandonados, que se puede decir con verdad que Jesucristo está alojado en medio de los cristianos más miserablemente que los mismos pobres. En efecto, cuántas iglesias se vé en las aldeas y en las ciudades, en dónde por la negligencia y la avaricia de los que las cuidan, el cuerpo de Jesucristo está de una manera vergonzosa para la religion! Cuando me há sucedido en diferentes ocasiones, principalmente viajando, entrar en estas pobres iglesias, más parecidas á chozas que á la casa del Señor, desiertas, abandonadas y despojadas de todo adorno; encontrandome solo, dirigia mis miradas á todas partes, considerando estos edificios ruinosos, y los altares y tabernaculos con ornamentos viejos y desgarrados, ay! exclamaba suspirando, es este el lugar de vuestra estancia? Oh! Rey de gloria, es aqui en dónde pasais los dias y las noches? Es ese el cuidado que se tiene de vuestra casa y de vuestra Persona? Son esos los ornamentos con los que os adornan los cristianos? Es posible que se os véa en este estado, y que se le sufra? Diráse que Jesucristo no está lo mismo en todas partes, que tiene templos soberbios y magníficamente adornados: esto es cierto; pero está menos indignamente aposentado en los lugares de que acabo de hablar? — Otro rasgo de ingratitud que debe ser todavia más sensible al Corazon de Jesucristo que la escasez de que nos ocupamos, es el olvido y el abandono en que se le deja en sus templos; porque está en ellos realmente olvidado y abandonado por la mayoría de los fieles: se conducen con él cómo si no estuviése; no piensan apenas en él cómo si no fuera. Uno de los deberes más ordinarios entre los hombres hacia las personas á quienes se debe respeto, son las visitas; nada es más comun: se visita todos dias á sus padres, á sus amigos, á sus bienhechores, á sus protectores; se hace la corte á los grandes, á los superiores, á sus maestros, con una asiduidad constante, y se

perdon al Corazon de Jesus por los culpables, y de amarle doblemente, para indemnizarle del amor de que es frustrado por tantos desgraciados ingratos? Pues bien, esta necesidad de repara-

consideran estas visitas como deberes indispensables. Jesucristo es nuestro Maestro, nuestro Rey, nuestro Dios, nuestro Redentor nuestro Bienhechor, nuestro Amigo, nuestro Padre: merece por todos estos titulos un amor infinito: está en medio de nosotros, se sabe; y es, sin embargo, el solo olvidado! Quién piensa, en efecto, en visitar á Jesucristo? quién atiende á este deber? Se dejan pasar los meses, los años, la vida entera, sin cumplirlo una sola vez. Yo sé que se entra en la iglesia con más frecuencia para cumplir otros deberes de religion; pero la queja justa que formulo, es que no se vá con el espíritu que constituye solo el caracter de esta visita; es decir, por un motivo de amor, de reconocimiento, de respeto; con el proposito principal de tributar homenajes á Jesucristo, de darle esta señal particular del recuerdo que se conserva de su amor y de sus beneficios. — Se debe añadir á este segundo efecto de ingratitud, este que parte del mismo principio. Todos los dias Jesucristo honra las calles con su presencia, yá en procesiones, yá cuando se le lleva á los enfermos. Ay! en dónde está el acompañamiento que debería sin cesar rodearle? No veremos nunca detrás de este divino Rey, más que gentes del pueblo? Las personas de clase elevada no aparecen: diríase que tienen vergüenza de acompañar á Jesucristo, es decir, de llenar una funcion que honraria á los más altos Serafines. — Nos quedan quejas más amargas. La presencia real de Jesucristo en las iglesias pediria que se estudié con un respeto y una modestia dignas de su Magestad Soberana: cómo se llena un deber tan indispensable? Todo el mundo sabe lo que pasa respecto de esto; se vé diariamente con asombro. Entráse en la iglesia con menos sentimientos de respeto que se entraria en el salon de un grande Señor. Se está delante de Jesucristo con menos modestia que se tendria en presencia de un príncipe de la tierra. Se permanece derecho, ó se está sentado de una manera no decorosa, se pasea la mirada por todas partes con un aire de distraccion que señala cuán alejados están de Jesucristo el espíritu y el corazon. Se habla en la iglesia, se rie, se comentan las noticias y se ocupa de negocios, con la misma libertad que se haria en un lugar profano. Las madres toleran que sus

cion encuentra justamente satisfaccion en la devocion al Sagrado Corazon de Jesus, que tiene por objeto honrar lo más que se pueda y consolar á este divino Corazon. Esta necesidad es, por otra parte, un deber. Si se ultrajára á un amigo, á vuestro hermano, á vuestro padre no os creierais obligados á compartir su dolor, á tomar en ello parte, y, al mismo tiempo, ensayar dulcificarse por un aumento de ternura y de afeccion? Pero Jesus no es para nosotros á la vez un amigo, un hermano, un padre, y más que esto todavía, nuestro Criador, nuestro Salvador y nuestro Dios? Qué obligacion no tenemos, por consiguiente, para afligirnos con él por sus penas, para compensar por un mayor amor la criminal indiferencia de los hombres, y para reparar con adoraciones más profundas los ultrajes de que está lleno su divino Corazon!!

hijos cometan inmodestias que no les permitirian en otras partes. Me avergüenzo de un detalle, puesto que hace ruborizarse. Se lleva la irreverencia en las iglesias hasta sufrir que los animales causen desordenes que alarmarian nuestra fé, si no estuviera casi apagada: la iglesia es la casa de Dios, santificada por la presencia real y continua de Jesucristo, nuestro soberano Señor y Dueño, destinada unicamente á la oracion, al recogimiento y á las funciones más santas y más temibles de la Religion; y se atreve á llevar animales que no son propios más que para turbar el servicio divino y la devocion de los fieles por sus gritos y por sus corridas continuas, y frecuentemente por las infamias cuya vista desgarran el corazon de las almas piadosas, y debería excitar en todos la más viva indignacion contra los que dan ocasion á estos escandalos. Lo que hay de más asombroso, es que se vé todo esto con un aire de tranquilidad é indiferencia, sin que nadie parezca conmovido, tanto há endurecido la costumbre los corazones. (El P. Gallifet, loc. cit, a, 2.)

1. Por lo demás, la justicia nos obliga á esta reparacion. Porque no es justo que los ultrajes sean reparados por los que los han hecho? Pues yo os pregunto, no tenemos nada que reprocharnos en este particular? Ah! quizás hemos nosotros algunas veces, aun sin saberlo, faltado no llevando al comulgar todas las disposiciones esenciales para évitár un sacrilegio. Pero si no somos culpables de este crimen, hemos

Pues bien, esta obligación, la devoción al Sagrado Corazon de Jesus tiene precisamente tambien por objeto hacernosla llenar. Ved, pues, cuán justa es esta devoción y cuán santa en sus fines, y cómo debe sernos preciosa, puesto que practicandola cumplimos, yá con los deberes que tenemos de testimoniar al Corazon de Jesus nuestro propio amor, yá con nuestro particular deber de repa-

evitado siempre la frialdad en nuestras comuniones, la inmodestia en las iglesias, las distracciones voluntarias al asistir al sacrificio de la misa? Oh! cómo hay pocas personas á quienes la conciencia no reproche algo sobre todo esto! Y por consiguiente, cómo hay pocas que no estén obligadas por justicia á esta reparacion! Pero aun cuando no estuviéramos por titulo de justicia, lo estaríamos, por lo menos, por titulo de reconocimiento. En efecto, como Jesucristo, al instituir la Eucaristia, previó distintamente y al por menor todas las indignidades que se cometeria con él, y que esta vista anticipada no le impidió darse á nosotros, es seguro que debemos tributarle sinceras acciones de gracias. Porque, puesto que, para visitarnos, hé querido exponerse á tantos ultrajes no podemos dispensarnos de repararlos, acordandonos que aun cuando estuviéramos seguros de que no es por nosotros, estamos siempre ciertos de que es para nosotros que los há recibido. Asi hay un gran numero de almas fervientes que no tienen sin duda grandes ingratitudes que censurarse contra la Eucaristia, y que no dejan de emplearse en reparar, y en hacer reparar por los demás los ultrajes que recibe en los altares. Si, no obstante, todos estos motivos no bastáran, unámos el del interes. En efecto, que interes no encontraremos en esta operacion? Para comprenderlo, examinémos que favores hubiéese obtenido de Jesucristo un hombre que, en el transecurso de su Pasion, mientras que todo el mundo le ultrajaba, se hubiéese resueltamente declarado por él, y hubiéese expiado por todos los oprobios de que se le abrumaba. Seguramente, semejante valor no hubiera estado sin recompensa, Jesucristo en el santo altar está expuesto constantemente á todos los oprobios que sufrió en su Pasion; podria sér insensible á la generosidad de las almas fervientes que se ofrecen para repararlas? Nó, sin duda, y él derrama sobre los que le honran de esta suerte los más señalados beneficios de su amor. (Berrier. *Serm. sobre el Corazon de Jesus en el SS.*)

rarle las injurias que recibe de los pecadores. — Pasémos al examen de las

II. — *Frutos de la devocion al Sagrado Corazon de Jesus.* — Estos frutos son tan numerosos cómo preciosos: nos limitaremos á señalar solamente los principales.

Desde luego, la devocion al Sagrado Corazon produce la dulzura, porque es la primera virtud que brilla en este Corazon divino, segun lo que el mismo Salvador nos há dicho: *Aprendéd de mí que soy dulce... de Corazon*¹. Si la dulzura brilla asi por encima de todas las virtudes en el Corazon de Jesus, ella atrae de una manera particular las consideraciones y la atencion de los que practican la devocion á este divino Corazon, y necesariamente les es tambien de una elocuente predicacion adquirir esta virtud. Asi que aunque no hubiéese el Salvador revelado como lo há hecho, el fondo de su corazon, todas sus acciones hubieron hablado por él. Era, en efecto, tan dulce, sobre todo para los pobres pecadores, que sus enemigos le hacian de ello un crimen y tomaban motivo para acusarle de ser su amigo². Pero en dónde su dulzura apareció de una manera más conmovedora, fué durante todo el tiempo de su pasion. Véd como se conduce con Judas que le vende, con los soldados que vienen á prenderle, con los criados que le abofétean y le escupen á la cara, con los magistrados y los príncipes que se lo envian de unos á otros para juzgarle, con San Pedro que le niega, con los verdugos que le crucifican: con todos no tiene más que palabras de paz y de perdon, y por todas partes se muestra cómo un cordero dispuesto á sufrirlo todo sin hacer oír la menor queja. No vemos tambien que, en la santa Eucaristia, sufre, sin jamás defenderse como pudiera hacerlo, de que se le trate sin respeto y que se le ultraje tambien, sea recibíendole con una conciencia manchada, sea profanando las santas especies y de mil maneras más impías las unas que las otras³? Pues bien, yo

1. Mat. xi, 29.

2. Luc, vii, 34.

3. Consideremos cuáles son los sentimientos y las disposiciones del